



San Pedro y San Pablo: Dos hombres apasionados, dos hombres unidos.

LECTURAS

Lectura de los Hechos de los apóstoles 12, 1-11

Por aquel entonces, el rey Herodes hizo arrestar a algunos miembros de la Iglesia para maltratarlos. Mandó ejecutar a Santiago, hermano de Juan, y al ver que esto agradaba a los judíos, también hizo arrestar a Pedro. Eran los días de «los panes Ácidos.»

Después de arrestarlo, lo hizo encarcelar, poniéndolo bajo la custodia de cuatro relevos de guardia, de cuatro soldados cada uno. Su intención era hacerlo comparecer ante el pueblo después de la Pascua. Mientras Pedro estaba bajo custodia en la prisión, la Iglesia no cesaba de orar a Dios por él.

La noche anterior al día en que Herodes pensaba hacerlo comparecer, Pedro dormía entre los soldados, atado con dos cadenas, y los otros centinelas vigilaban la puerta de la prisión.

De pronto, apareció el Ángel del Señor y una luz resplandeció en el calabozo. El Ángel sacudió a Pedro y lo hizo levantar, diciéndole: «¡Levántate rápido!» Entonces las cadenas se le cayeron de las manos.

El Ángel le dijo: «Tienes que ponerte el cinturón y las sandalias» y Pedro lo hizo. Después de dijo: «Cúbrete con el manto y sígueme.»

Pedro salió y lo seguía; no se daba cuenta de que era cierto lo que estaba sucediendo por intervención del Ángel, sino que creía tener una visión.

Pasaron así el primero y el segundo puesto de guardia, y llegaron a la puerta de hierro que daba a la ciudad. La puerta se abrió sola delante de ellos. Salieron y anduvieron hasta el extremo de una calle, y en seguida el Ángel se alejó de él.

Pedro, volviendo en sí, dijo: «Ahora sé que realmente el Señor envió a su Ángel y me libró de las manos de Herodes y de todo cuanto esperaba el pueblo judío.»

SALMO Sal 33, 2-3. 4-5. 6-7. 8-9 (R.: 5)

R. El Señor me libró de todos mis temores.

Bendeciré al Señor en todo tiempo,
su alabanza estará siempre en mis labios.
Mi alma se gloria en el Señor:
que lo oigan los humildes y se alegren. R.

Glorifiquen conmigo al Señor,
alabemos su Nombre todos juntos.
Busqué al Señor: él me respondió
y me libró de todos mis temores. R.

Miren hacia él y quedarán resplandecientes,
y sus rostros no se avergonzarán.
Este pobre hombre invocó al Señor:
él lo escuchó y lo salvó de sus angustias. R.

El Ángel del Señor acampa
en torno de sus fieles, y los libra.
¡Gusten y vean qué bueno es el Señor!
¡Felices los que en él se refugian! R.



San Pedro y San Pablo: Dos hombres apasionados, dos hombres unidos.

Lectura de la segunda carta del apóstol san Pablo a Timoteo 4, 6-8. 17-18

Querido hermano:

Yo ya estoy a punto de ser derramado como una libación, y el momento de mi partida se aproxima: he peleado hasta el fin el buen combate, concluí mi carrera, conservé la fe. Y ya está preparada para mí la corona de justicia, que el Señor, como justo Juez, me dará en ese Día, y no solamente a mí, sino a todos los que hayan aguardado con amor su Manifestación.

Pero el Señor estuvo a mi lado, dándome fuerzas, para que el mensaje fuera proclamado por mi intermedio y llegara a oídos de todos los paganos. Así fui librado de la boca del león.

El Señor me librará de todo mal y me preservará hasta que entre en su Reino celestial. ¡A él sea la gloria por los siglos de los siglos! Amén.

+ Lectura del santo Evangelio según san Mateo 16, 13-19

Al llegar a la región de Cesarea de Filipo, Jesús preguntó a sus discípulos: «¿Qué dice la gente sobre el Hijo del hombre? ¿Quién dicen que es?»

Ellos le respondieron: «Unos dicen que es Juan el Bautista; otros, Elías; y otros, Jeremías o alguno de los profetas.»

«Y ustedes, les preguntó, ¿quién dicen que soy?»

Tomando la palabra, Simón Pedro respondió: «Tú eres el Mesías, el Hijo de Dios vivo.»

Y Jesús le dijo: «Feliz de ti, Simón, hijo de Jonás, porque esto no te lo ha revelado ni la carne ni la sangre, sino mi Padre que está en el cielo. Y yo te digo: Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y el poder de la Muerte no prevalecerá contra ella. Yo te daré las llaves del Reino de los Cielos. Todo lo que ates en la tierra, quedará atado en el cielo, y todo lo que desates en la tierra, quedará desatado en el cielo.»



San Pedro y San Pablo: Dos hombres apasionados, dos hombres unidos.

HOMILIA

Homilía 1

Cuando estaba en la escuela había un experimento que hacíamos y que consistía en meter dentro de un frasco tierra con piedras de diferente peso. Después lo agitábamos bien fuerte y tras un tiempo de “confusión”, quedaban las piedras sedimentadas según el tamaño y en orden.

Casi diría que en los primeros tiempos del cristianismo hubo un poco de confusión por la novedad que supuso la resurrección de Jesús. Por un lado había cristianos que pensaban que había que seguir la ley de Moisés y continuar con muchas de las prácticas judías; por otro lado estaban los que pensaban que lo importante era el amor y que la ley tenía que ser superada; había cristianos convertidos que en vez de luchar por la unidad decían que si eran de Apolo, de Cefas o de otras personas que les transmitieron el Evangelio. Y también podemos hablar de comunidades que, después de convertirse, volvieron a sus ídolos.

Y, sin embargo, en medio de esta pequeña confusión que hubo al principio, Dios, como siempre, que sabe hacer bien las cosas en momentos difíciles, escogió a dos personas por las cuales nadie apostararía un solo “euro”. Y digo que nadie, porque Dios escogió a Pedro, que aunque ciertamente le confesó como Mesías, también es verdad que le negó en el momento más importante de su vida, y ni siquiera le acompañó durante la crucifixión.

San Pablo tampoco se quedó corto. Una de las cosas por las que luchó fue por acabar con el cristianismo. Y, de hecho, participó en el martirio de Esteban.

Pero Dios, que muchas veces parece que hace las cosas sin lógica, se valió de estas dos personas para revolucionar el cristianismo de los primeros años y llevar el Evangelio por todas las tierras del mediterráneo en un tiempo record.

Desde luego, si hay algo que podemos aprender de estos dos hombres es la pasión que tenían por Jesús y por llevar el Evangelio a todas las gentes.

Pero también hay otra cosa más que podemos aprender de ellos. San Pedro y San Pablo también tuvieron sus diferencias. San Pedro pensaba en los primeros años que había que continuar con la ley y llevar a todos los convertidos a cumplir con la ley judía. San Pablo, sin embargo, pensaba que la ley había sido sustituida por el amor. Y, sin embargo, a pesar de estas grandes diferencias entre ellos, nunca se oyó en sus bocas la palabra “división”. Para ellos la “unidad” era algo intocable, incluso en medio de grandes diferencias, porque ambos coincidían en una misma cosa: su pasión por Jesús.

Volviendo al experimento del principio, tal vez, como ocurre con ese frasco agitado, también nuestro mundo vive a veces un poco de confusión. En los primeros años del cristianismo, Dios puso a estas dos personas al frente para el mensaje del evangelio no fuese deformado. Hoy también Dios nos llama a poner un poco de orden en el mundo que nos rodean. Y, seguramente, como San Pedro y San Pablo, si vivemos esta pasión por Jesús y el mismo deseo de unidad, tal vez no logremos todo lo que ellos consiguieron, pero sí haremos de nuestro mundo, un mundo más de Dios.

Homilía 2

En este día, la Iglesia celebra a los Santos Pedro y Pablo, apóstoles, y es el día del Papa, sucesor de Pedro, y cabeza de la Iglesia de Cristo.

Queremos desde aquí invocar la bendición de Dios para el Santo Padre, para que siga llevando con mano firme la barca de Cristo durante el tercer milenio de la era cristiana.

La narración de San Mateo del evangelio de hoy tiene especial importancia para nuestra vida cristiana y nuestras relaciones con la Iglesia de Cristo.

En este pasaje, Pedro hace una profunda confesión de fé, no sólo reconoce a Jesús como el Mesías, sino



San Pedro y San Pablo: Dos hombres apasionados, dos hombres unidos.

también como al Hijo de Dios vivo.

Y Jesús mismo declara que Pedro ha hablado por revelación divina y lo constituye en base de la Iglesia, en la piedra, en la roca. Esa roca apoyada en la roca indestructible que es Cristo mismo. La Iglesia de Cristo es indestructible, porque está apoyada precisamente en Cristo.

Y el Señor le da a Pedro, la suprema autoridad en la tierra, el poder de perdonar, de abrir y cerrar las puertas de su Iglesia y del mismo cielo.

Nosotros, apoyados por el testimonio de Pedro y sus apóstoles, creemos en Jesús, el Señor, muerto y resucitado. Creemos en Cristo, nuestro Salvador.

Y como profesamos en el Credo, creemos en la Santa Iglesia.

La Iglesia es el cuerpo de Cristo, y todos los bautizados, formamos parte de esa Iglesia, como miembros vivos.

Pero para ser miembros vivos del Cuerpo de Cristo necesitamos el perdón de los pecados.

Y Jesús dió a su Iglesia, en la persona de Pedro y sus sucesores, ese poder de atar y desatar.

Sabemos también que ella ha recibido, junto con el Espíritu Santo iluminador, la garantía de la verdad, la luz necesaria para guiar al pueblo de Dios en su camino de éxodo en la tierra.

Esta es nuestra fe y en ella se basa nuestra confianza. Allí donde está Pedro allí está su Señor y nuestro Señor.

Por eso no hay poder humano, ni siquiera como dice el Evangelio, las fuerza del Infierno serán capaces de hacer naufragar la barca de Pedro.

En esta festividad de San Pedro y San Pablo cada uno de nosotros, vamos a ser capaces de decir Jesús es el Señor, si nos ponemos en manos del Padre y le pedimos a él el don de la fe.

Si le permitimos a Cristo que entre en nuestras vidas, que las tome y las transforme.

Los rasgos de Pedro y de Pablo, son los propios de la juventud. Y cada joven debe ser Pedro y Pablo para la Iglesia de hoy.

Los jóvenes y todos nosotros, tenemos que ser algo de Pedro y algo de Pablo.

Tenemos que ser ese Pedro que se arroja a caminar sobre las aguas, porque Cristo lo llama y no mide las consecuencias.

Tenemos que ser ese Pablo que no duda en recorrer kilómetros y kilómetros para anunciar a Jesús, visitar comunidades, dejar establecidos nuevos grupos de cristianos, acompañarlos personalmente o con sus cartas.

Pedro y Pablo son modelos de vida y modelos de cristianos que no pasan de moda.



San Pedro y San Pablo: Dos hombres apasionados, dos hombres unidos.

RECURSOS

Nexo entre las lecturas

La solemnidad de san Pedro y san Pablo nos permite contemplar la estrecha amistad que se establece entre Jesucristo y estos dos hombres elegidos para misiones muy importantes. En la primera lectura, tomada de los hechos de los apóstoles, Pedro recibe la visita en la cárcel de un ángel enviado por Dios que lo invita a ponerse en pie y seguirlo. Pedro deberá reemprender su misión al frente de la Iglesia naciente (1L). Pablo, en la carta a Timoteo hace un recuerdo emocionado de su entrega a Cristo: "he combatido el buen combate". Sabe que Dios lo escogió desde el seno de su madre para revelarle a Cristo y para llamarlo a anunciarlo a todos los pueblos. Ahora al final de su carrera, reconoce con gratitud que Cristo lo ayudó y le dio fuerzas (2L). En Pedro y en Pablo aquello que más resalta es su íntima amistad con el maestro. Ambos tuvieron experiencia del amor de Dios en Cristo Jesús. Esa experiencia los acompañó durante toda su vida y les dio una viva conciencia de su misión. Tiene, pues, razón Pedro al concluir con emoción: "Señor, Tú sabes todo, Tú sabes que yo te amo" (EV).

Mensaje doctrinal

1. Pedro y Pablo fieles a su misión. La solemnidad de san Pedro y san Pablo es una de las más antiguas del año litúrgico. Ella aparece en el santoral incluso antes que la fiesta de Navidad. En el siglo IV ya existía la costumbre de celebrar tres misas una en la basílica vaticana, otra en san Pablo extra muros y otra en las catacumbas de san Sebastián, donde se escondieron las reliquias de los apóstoles durante algún tiempo. En un principio se consideró que el 29 de junio fuese el día en el que, en el año 67, Pedro sufrió el martirio en la colina vaticana y Paolo en la localidad denominada "Tre fontane". En realidad, si bien el hecho del martirio es un dato histórico incuestionable que tuvo lugar en Roma en la época de Nerón, no es tan seguro, en cambio, el día y el año de la muerte de los dos apóstoles, pero parece que se sitúa entre el 67 y el 64.

Esta solemnidad festeja a las dos columnas de la Iglesia. Por una parte, Pedro es el hombre elegido por Cristo para ser "la roca" de la Iglesia: "Tú eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia" (Mt 16,16). Pedro, hombre frágil y apasionado, acepta humildemente su misión y arrostra cárceles y maltratamientos por el nombre de Jesús. (cf. Hch 5,41). Predica con "parresía", con valor, lleno del Espíritu Santo (cf. Hch 4,8). Pedro es el amigo entrañable de Cristo, el hombre elegido que se arrepiente de haber negado a su maestro, el hombre impetuoso y generoso que reconoce al Dios hecho hombre, al Mesías prometido: "Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo" (cf. Mt 16,16). Los Hechos de los apóstoles narran en esta solemnidad la liberación de Pedro de las cárceles herodianas. "Con esta intervención extraordinaria, Dios ayudó a su apóstol para que pudiera proseguir su misión. Misión no fácil, que implicaba un itinerario complejo y arduo. Misión que se concluirá con el martirio "cuando seas viejo otro te ceñirá y te llevará donde no quieres" (cf. Jn 21,18) precisamente aquí, en Roma, donde aún hoy la tumba de Pedro es meta de incesantes peregrinaciones de todas las partes del mundo

"Pablo, por su parte, fue conquistado por la gracia divina en el camino de Damasco y de perseguidor de los cristianos se convirtió en Apóstol de los gentiles. Después de encontrarse con Jesús en su camino, se entregó sin reservas a la causa del Evangelio. También a Pablo se le reservaba como meta lejana Roma, capital del Imperio, donde, juntamente con Pedro, predicaría a Cristo, único Señor y Salvador del mundo. Por la fe, también él derramaría un día su sangre precisamente aquí, uniendo para siempre su nombre al de Pedro en la historia de la Roma cristiana" (Juan Pablo II, 29 de junio de 2002). Pablo es el apóstol fogoso e incansable que recorre el mundo conocido en la época para anunciar la buena nueva de la salvación en Cristo Jesús. Sabe que se le ha dado una misión, una responsabilidad, una tarea que no puede declinar. "Ay de mí si no evangelizare" (1 Co 9,16).

2. El colegio episcopal y su cabeza, el Papa. "Cristo, al instituir a los Doce, "formó una especie de Colegio o grupo estable y eligiendo de entre ellos a Pedro lo puso al frente de él". "Así como, por disposición del Señor, san Pedro y los demás apóstoles forman un único colegio apostólico, por análogas razones están unidos entre sí el Romano Pontífice, sucesor de Pedro, y los obispos, sucesores de los apóstoles". El Señor hizo de Simón, al que dio el nombre de Pedro, y solamente de él, la piedra de su Iglesia. Le entregó las llaves de ella; lo instituyó pastor de todo el rebaño. "Está claro que también el Colegio de los apóstoles, unido a su Cabeza, recibió la función de atar y desatar dada a Pedro". Este oficio pastoral de Pedro y de los demás apóstoles pertenece a los cimientos de la Iglesia. Se continúa por los obispos bajo el primado del Papa.



San Pedro y San Pablo: Dos hombres apasionados, dos hombres unidos.

El Papa, obispo de Roma y sucesor de san Pedro, "es el principio y fundamento perpetuo y visible de unidad, tanto de los obispos como de la muchedumbre de los fieles". "El Pontífice Romano, en efecto, tiene en la Iglesia, en virtud de su función de Vicario de Cristo y Pastor de toda la Iglesia, la potestad plena, suprema y universal, que puede ejercer siempre con entera libertad". (Catecismo de la Iglesia Católica 881-882).

Sugerencias pastorales

1. Testimoniar a Cristo. El misterioso itinerario de fe y de amor, que condujo a Pedro y a Pablo de su tierra natal a Jerusalén, luego a otras partes del mundo, y por último a Roma, constituye en cierto sentido un modelo del recorrido que todo cristiano está llamado a realizar para testimoniar a Cristo en el mundo. Él también es llamado, como Pedro y Pablo, para dar testimonio de Cristo por medio de su vida, de su palabra, de sus obras. Ser cristiano es, por esencia, ser testigo de la resurrección de Cristo, testimoniar que en Cristo el Padre nos ha reconciliado consigo y nos ha espera en la vida eterna.

"Yo consulté al Señor, y me respondió, me liberó de todas mis ansias" (Sal 33, 5). ¿Cómo no ver en la experiencia de ambos santos, que hoy conmemoramos, la realización de estas palabras del salmista? La Iglesia es puesta a prueba continuamente. El mensaje que le llega siempre de los apóstoles san Pedro y san Pablo es claro y elocuente: por la gracia de Dios, en toda circunstancia, el hombre puede convertirse en signo del poder victorioso de Dios. Por eso no debe temer. Quien confía en Dios, libre de todo miedo, experimenta la presencia consoladora del Espíritu también, y especialmente, en los momentos de la prueba y del dolor (Juan Pablo II, 20 de junio de 2002).

Advertimos que en el mundo siguen creciendo el número de cristianos, sin embargo, son todavía millones los que no conocen o aman a Jesucristo. Esta realidad debe ser un desafío para todo cristiano. Cada uno debe ser un evangelizador allí donde Dios lo ha colocado: en su familia, en su trabajo, en la escuela, en la vida pública. Instaurare omnia in Christo.

En nuestro mundo seguimos teniendo grandes testigos de la fe. Personas heroicas que llevan una vida ordinaria. Pienso en estos momentos a la madre del Card. Dionigi Tettamanzi, recientemente nombrado Arzobispo de la diócesis más grande del mundo, Milán. Esta mujer sencilla, pero de una fe poderosa comentaba: "Cuando mi hijo me vino a ver, después de la elección le dije: Tú no has buscado nada de esto, pero si tú has sido elegido, debes decir sí". Ella mostraba a su hijo el sentido de responsabilidad ante un Dios que llama.

2. El amor real al Santo Padre. Esta solemnidad es una cordial invitación para renovar nuestra adhesión incondicional al vicario de Cristo sobre la tierra, el Papa. Nuestro amor por el santo Padre debe ser un amor práctico y realista. Un amor que se traduzca en obras y que se puede manifestar en la lectura asidua de su magisterio y en la conformación de nuestra mente y de nuestra vida con sus directrices. Se trata de seguir no sólo sus órdenes, sino de escuchar y llevar adelante también sus deseos.

P. Octavio Ortíz